

Presencia de Oscar Vera en la cultura chilena

ROBERTO MUNIZAGA AGUIRRE

I. Quienes tuvimos, en otro tiempo, el raro privilegio de haber sido condiscípulos —muchas veces colaboradores— y permanentemente amigos de Oscar Vera Lamperein, no podemos sino felicitar a la Sede Universitaria de La Serena por su iniciativa de rendirle un homenaje, asociando su nombre prestigioso y querido al *Centro de Documentación Pedagógica* que se ha inaugurado.

Ello merece bien de las grandes tradiciones académicas de la Universidad de Chile. Por lo demás, ningún genio tutelar podría serle más propicio.

Pero, creo que dicha iniciativa es susceptible aún de mayor comentario.

Se ha convertido en un lugar común el aludir a “la tradicional mala memoria de los chilenos”, como si se tratara de un deterioro psicológico congénito.

Yo nunca he creído en la validez de ese juicio simplista. Lo que al respecto ocurre es que la memoria constituye una actividad espiritual muy compleja: el recuerdo no es función exclusiva de la vida personal sino que se haya enraizado en los moldes que simultáneamente van estableciendo las diversas colectividades. Existen, pues, los que se han llamado “cuadros sociales de la memoria”, donde se organizan los recuerdos del individuo. Y

cuando los grupos o las instituciones no se cuidan de elaborar sus propios cuadros —de ofrecer esos peculiares sistemas de referencia—, la memoria del individuo, abandonada a sí misma, carente de puntos de apoyo, tiende a fluctuar, debilitarse o extinguirse.

Se trata, en el fondo, de una contingencia grave. Porque la memoria es función inseparable de una conciencia lúcida, y sólo en la medida en que los individuos o las instituciones practican normalmente su ejercicio, puede admitirse que llegan a una plena posesión de sí mismos, vale decir, son capaces de identificarse y situarse en un tiempo y un espacio cambiantes. Entonces, cada uno de ellos puede también concluir, parodiando en cierto modo al filósofo: *Recuerdo, luego existo*.

Porque, en efecto, únicamente el que es capaz de nítido recuerdo existe como verdadera persona individual o colectiva. Es así como algunas de las instituciones sociales que mejor perseveran en su ser, las de una personalidad más rotunda, vigorosa y definida —la Iglesia, las Fuerzas Armadas, por ejemplo— deben gran parte de sus reconocidas características vitales a un culto permanente del recuerdo: la Iglesia, el de sus santos, sus mártires, sus testigos; las Fuerzas Armadas, el de sus héroes.

¡Santos, mártires, héroes! ¿Qué connotan tan sublimes palabras, tan venerables ideas?

Simplemente *modelos*, formas ejemplares de existencia, tipos de conducta donde se han realizado en plenitud los principios y valores de una determinada concepción del mundo y de la vida (Por eso, —y resulta banal el consignarlo— ni la Iglesia tiene el monopolio de la santidad ni las Fuerzas Armadas el del heroísmo). Lo cierto es que ninguna comunidad humana puede existir decorosamente —superarse, esclarecerse, redimirse— si no presenta al respeto e imitación de las generaciones nuevas un conjunto de modelos vitales, una galería de formas ejemplares de existencia, en que ellas se proyecten depuradas, dignificadas y ennoblecidas.

Ahora bien, nosotros, los que formamos parte de esa gran comunidad de vida y de trabajo que es la Universidad de Chile —conviene subrayarlo—, tenemos parejamente nuestros santos, nuestros mártires, nuestros sabios, nuestros héroes, que merecen una especial veneración y respeto. ¿No se ha dicho que la Universidad constituye en cierto modo una iglesia —la asamblea del pensamiento libre— donde se elabora y tramita el saber? “Saber —dice Renán— es la primera palabra del símbolo de la religión

natural, saber es iniciarse en Dios..." Y, desde otro punto de vista, ¿no constituye también una clara milicia que desde hace ya más de un siglo ha venido combatiendo en denodadas batallas por la *segunda independencia*: la independencia cultural de Chile? Al lado de un libertador San Martín, ese "santo de la espada" —que escribió Ricardo Rojas—, bien puede señalarse un Andrés Bello, ese otro gran libertador —"San Martín de la cultura"— con que soñaba para Latinoamérica el argentino Juan Bautista Alberdi.

Sin embargo —conviene también reconocerlo: es una de nuestras conductas anómalas— la Universidad de Chile ha descuidado el culto de sus grandes figuras intelectuales y morales (El caso de don Valentín Letelier, por ejemplo, es altamente significativo).

¿A qué se debe tan extraña situación? ¿Cómo se explica la indolencia de la Universidad de Chile para revitalizarse, recomfortarse, reidentificarse con el legado de sus hombres símbolos? Nunca como hoy le es tan necesario reactualizar su original mensaje.

Es posible que la llegada de los tiempos nuevos fuese entendida por algunas promociones recientes como una ruptura radical con el pasado —esa eufórica utopía rousseauneana de construir *ex-nihilo*—, sin percatarse de que quien no reconoce pasado —grave crisis de amnesia cultural— carece también de presente significativo. Es posible que la progresiva masificación de los contingentes universitarios —profesores, alumnos, etc.— haya despersonalizado, vale decir, deshumanizado el estilo normal de la convivencia académica. Es posible que el culto de una "democracia morbosa", puramente numérica, comprometida con la idea de un absurdo "igualitarismo", haya hecho prevalecer la triste norma de negarle calidad y jerarquía a ciertos grupos de personalidades selectas.

Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que muchas de las desventuras que se han abatido sobre la Corporación —mucho de lo que ya, en 1968, nosotros definimos como "la crisis y el desplome de la Universidad de Chile"— se pueden explicar, en gran medida, por la extraña amnesia que ha afectado a su personalidad institucional. ¿Una amnesia, tal vez, "provocada"? No sabríamos decirlo. En todo caso la Universidad, siempre *recomendada* y rara vez *continuada*, tiende aún a girar estérilmente sobre

sí misma, sin conseguir evadirse de su cárcel: el moroso “primer día de la creación” cultural y pedagógica.

Por eso —conviene reiterarlo— le atribuyo importancia a la actual iniciativa de esta Sede en orden a recuperar la memoria perdida sobre múltiple acontecer, a buscarse sólidos precedentes académicos, a situarse —sin inmovilizarse— en los puntos de referencia pretéritos. En último análisis, al rendirle un homenaje a Oscar Vera y su tiempo de creación pedagógica, no hacemos otra cosa sino contribuir a organizar los cuadros adecuados para el funcionamiento de una buena memoria institucional.

II. Yo conocí a Oscar Vera en 1925, cuando alumno del Instituto Pedagógico, donde ya cursaba el segundo año de estudios para titularse de Profesor de Estado en Francés.

Había ingresado muy joven a la Universidad, exactamente de quince años. Según se comentaba, vestía aún de pantalones cortos, lo que solía acontecer a algunos adolescentes. Cuando hoy día lo evoco, se me insinúa en el recuerdo una peregrina tendencia a representármelo bajo la forma estilizada de un ángel —un ángel docente, admonitivo e irónico— en algún modo afín a ciertos rostros sonrientes esculpidos en el frontis de las catedrales góticas. Sin embargo, era preciso no equivocarse respecto a su posible condición angélica. Ya entonces demostraba una inagotable curiosidad intelectual, un espíritu de crítica, de duda y libre examen, en suma, los rasgos que definen una precoz mentalidad científica. No habría sido extraño que, movidos por su gesto didáctico y persistente vocación dialéctica, teólogos suspicaces sintieran el deseo de explorarle las alas para verificar si en lo íntimo de su estructura no se registraba alguna sutil invención demoníaca.

¿Cómo eran, entonces, las características del mundo intelectual a que Oscar Vera se encontraba adscrito?

La Facultad de Filosofía y el Instituto Pedagógico, que tradicionalmente se confundían como dos círculos lógicos de la misma extensión, eran comunidades pequeñas y, en cierto modo, íntimas. Los cursos, también de reducido tamaño, se concebían en otros marcos de referencia, en un tiempo y un espacio distintos. Es así como todo el Instituto Pedagógico cabía en una antigua casona de tres pisos donde la Alameda —que persistía en llamarse de las Delicias— tropezaba con una iglesia inconclusa, de ladrillos vetustos. Yo he descrito en otra parte sus escenas, todo aquello que el tiempo se llevara —los patios, los corredores,

los alumnos, el incesante desfile de los recreos, que tanto se parecía al de una plaza de provincia—¹. Veo así reaparecer algunos rostros lejanos, y siempre entre ellos el de Oscar Vera adolescente, conversando, por ejemplo, con su dilecto amigo Carlos Martínez, que fuera más tarde catedrático y alto funcionario de la Universidad de Concepción. O bien, acompañado del joven Mariano Picón Salas, distinguido estudiante venezolano, entonces inscrito como alumno en la especialidad de Historia, el mismo que habría de convertirse en uno de los grandes ensayistas latinoamericanos. Y que después —conviene adelantarlo—, de regreso a su patria liberada, ahora con una alta investidura política —Ministro de Educación Pública—, iba a contratar a Oscar Vera Lamperein, precisamente su condiscípulo de entonces, como jefe de una misión de profesores chilenos que, en 1936, fundaron el Instituto Pedagógico de Caracas —Venezuela— a imitación del prestigioso organismo que él había conocido ahí, instalado en la vieja casona de la Alameda, en Santiago de Chile.

Pero, continuemos describiendo su trayectoria profesional en el país. Antes de terminar formalmente sus estudios, ya a comienzos de 1927, Oscar Vera fue llamado de urgencia a cumplir tareas pedagógicas en un pequeño liceo del sur, en Chiloé.

Si, como lo sugiere un autor, los hombres se dividen desde temprano en dos géneros —los “animadores” y los “mineralizadores”— según que, “con su contacto, compañía e influjo, acrecienten o disminuyan la energía espiritual en los demás individuos”, no hay duda que Oscar Vera fue de los primeros².

Y lo fue desde que se iniciara como profesor en aquella lejana isla. Ya entonces lo obsesionaba la idea de componer relatos en torno a sus costumbres, de los que dejó algunos apuntes dispersos. Pero, eso sí, escribió en ella su notable tesis “Anatole France, crítico”. Decía en el Prefacio: “He comenzado este trabajo en Ancud, en una isla admirablemente verde que el espectáculo del mar —cuya soledad provoca en las almas ideas saludables y sencillas— hace propicia a las ‘silenciosas orgías de la meditación’”. Cabe destacar que al escribir dichas palabras Oscar Vera tenía escasamente 17 años...

Su “currículum vitae” registró más tarde un traslado al Liceo de Hombres de Temuco, donde continuaron acentuándose sus

¹Munizaga A. (R.) En *Recuerdo de Abelardo Iturriaga* (U. de Chile).

²Eugenio D’Ors, *Glosario Completo* (Aguilar), p. 319.

condiciones de “animador” de las personas y de las ideas. Pero el período verdaderamente fecundo de su compromiso con la enseñanza secundaria y respectiva extensión de la cultura se ubica entre 1931 y 1945, cuando se le designó para servir las clases de Francés y de Filosofía en el Internado Nacional Barros Arana, de Santiago.

Es así como en 1933 publica, en colaboración con Isaac Edelstein, una notable “Antología de autores franceses”, para uso no sólo de escolares sino de todos los buenos gustadores de esa literatura. En otra línea de preocupaciones tradujo —y es también tarea altamente meritoria— el excelente estudio “Los sistemas filosóficos”, de André Cresson, que el autor ofrecía a “los investigadores poseídos del demonio de la filosofía y, sobre todo, a los principiantes”.

Sin embargo, eran tiempos de intensa fermentación ideológica y Oscar Vera, como todo hombre culto, no podía desentenderse de los acuciantes problemas de su tiempo. Por eso, y con el simple ánimo de contribuir a que el común de las gentes dilucidara sus propias convicciones políticas, tradujo el interesante libro de Paul Louis “Ideas esenciales del socialismo”. El traductor declaraba en el prólogo su intención generosamente humanista: “El socialista convencido —decía— encontrará una crítica seria y concienzuda que lo hará confirmarse en sus doctrinas y probablemente conocerlas mejor; el anti-socialista convencido, amplio campo sobre el cual ejercitar su dialéctica y preparar sus ataques con conocimiento de causa”, y, por último, “el lector indiferente encontrará elementos de juicio que proceden de fuente insospechable”.

Por esos mismos años acometió también la empresa de traducir algunas incitantes producciones del novelista francés André Malraux cuya obra literaria, de profundas resonancias metafísicas y éticas, tiende esencialmente a expresar “cuál puede ser la actitud del hombre frente al absurdo de su destino, ante la perspectiva ineluctable de la muerte”. Fue así como tradujo primero “La condición humana” que se desarrolla en el mundo alucinante de las revoluciones chinas y, más tarde, “El tiempo del desprecio”, una descripción igualmente pavorosa de las místicas y prácticas totalitarias. En ambos casos su traducción al español es magnífica.

Pero su esfuerzo en esta línea de trabajos culmina en una verdadera iniciativa de creación: la extraordinaria conferencia

que dictara, hacia 1940, en el Salón de Honor de la Universidad de Chile. Versaba sobre Paul Valéry y su tema central fue la lectura y explicación del famoso poema "El cementerio marino", cuya traducción al español él ya había publicado, hacia 1933, en la revista "Atenea".

Ahora bien, Paul Valéry, profundo pensador y altísimo poeta —"filósofo de la poesía y poeta de la filosofía"—, oscuro ya en su propia lengua vernácula, es uno de los autores más difíciles de ser traducidos a cualquiera otra. La esencia de su poesía, que él ha definido en admirable fórmula como una "prolongada vacilación entre el sonido y el sentido", se expresa en un sistema de aliteraciones, elipses y juegos de metáforas que hacen de su traducción, especialmente de "El cementerio marino", una verdadera proeza intelectual. El mismo Valéry había dicho: "Mis versos tienen el sentido que se les preste. El que yo les doy no se ajusta sino a mí y no es oponible al de nadie. Es un error contrario a la naturaleza de la poesía y que hasta puede serle mortal el pretender que a todo poema corresponda un verdadero sentido, único y conforme o idéntico a algún pensamiento del autor. Su consecuencia es la invención del absurdo ejercicio escolar consistente en poner los versos en prosa. Ello equivale a inculcar la idea más fatal a la poesía, o sea, enseñar que es posible dividir su esencia en partes, las que pueden subsistir separadas. Es creer que la poesía es un *accidente* de la *substancia* prosa"³.

La traducción de "El cementerio marino" ha obsesionado a varios poetas de alto coturno, entre otros al español Jorge Guillén y al uruguayo Emilio Oribe.

Oscar Vera recogió, sin embargo, el desafío y realizó aquella admirable traducción que la revista "Atenea" publicara en 1933, y de la cual el Instituto Chileno Francés de Cultura hizo, en 1940, una excelente edición bilingüe. Con el mismo obstinado rigor se consagró después a traducir "La joven Parca", difícil ejercicio poético que aun el propio Valéry consideraba "obra maestra de lo impracticable".

Permitidme que, de las veinticuatro estrofas que componen la dura materia poética de "El cementerio marino", os recuerde tan sólo dos o tres, según la notable traducción de Oscar Vera:

³Mondor (H.) Alain (Gallimard), p. 179.

"Este tranquilo techo de palomas
entre pinos palpita, y entre tumbas;
¡allí el sol justo irisa con sus fuegos
el mar, el mar que siempre recomienza!
¡Recompensa después de un pensamiento
es contemplar la calma de los dioses!

Lleno de un fuego sin materia, hermético,
fragmento terrenal bajo la luz,
grato lugar, de antorchas dormido,
compuesto de oro y piedra y frescos árboles,
mármol temblando sobre tantas sombras,
aquí duerme el mar fiel sobre mis tumbas.

Padres profundos, huesos solitarios
que soportando tantas paletadas
ya sois la tierra bajo nuestros pasos,
el roedor gusano irrefutable
no es para los que estáis bajo la losa:
vive de vida y está siempre en mí".

Este denso conjunto de trabajos nos ha permitido exhibir un aspecto olvidado, o tal vez desconocido, en la rica personalidad de Oscar Vera. Por lo común, al evocarlo no se le ha considerado sino bajo la especie del educacionista, del pedagogo, o del funcionario internacional. Me ha sido particularmente grato referirme también a su declarada vocación de humanista, a su condición de intelectual y erudito. Ellas pudieron haberlo convertido en un hábil "abstractor de esencias", oficial de la vieja reina Quinta, confinado en la isla de la Entelequia. Pudo haberse refugiado en una concepción estética de la vida, adoptar el ideal individualista de "cultivar su yo", recluirse altivamente en la clásica torre de marfil.

No fue así, sin embargo: era, en el fondo, un temperamento de acción. No le convenían las tareas excluyentes de la especulación pura.

De 1942 a 1945, Oscar Vera realizó estudios superiores en la Universidad de Columbia —Teacher's College—, donde se graduó de Master. Su estada en Norteamérica fue sin duda de gran importancia: hizo posible que se ahondara en él el esquivo diá-

logo entre la refinada cultura literaria francesa y la áspera, pero fecunda, de un país sajón altamente industrializado. Su humanismo literario se enriquecía así de modernos contenidos científicos y se proyectaba hacia una nueva meditación sobre la técnica.

En 1945, a su regreso de Estados Unidos, fue designado profesor de Sociología y Educación en la Universidad de Chile. En cierto modo, ello constituía la culminación de su carrera docente.

Sin embargo, pronto comenzaría a sentirse estrecho en los moldes de la propia enseñanza universitaria. La riqueza de su mensaje se ahogaba, tal vez, en los esquemas de la cátedra, en los legados de la tradición y la rutina. La docencia, condición necesaria de la actividad intelectual, ahora ya no le era condición tan suficiente. Disertar teóricamente ante un auditorio de alumnos o aun escribir libros de restringida circulación no le satisfacían como en otro tiempo. Comenzaba a obsederlo el imperativo categórico de una acción inmediata. Necesitaba instalarse él mismo en medio de los toscos hechos, "hacer" efectivamente las cosas, "pensar con las manos". ¿Recordaba, tal vez, las amonestaciones de un místico célebre: "en el día del juicio no te preguntarán lo que has leído sino lo que has hecho"? Cuando yo lo veía más tarde en su oficina técnica del Ministerio, sumergido al estilo de un gerente cualquiera en un mundo de expedientes, proyectos y preocupaciones, solía iniciar mi personal defensa de la olvidada vida contemplativa diciéndole admonitivamente: Oscar, una sola cosa es necesaria, "salvar el alma". Y él me contestaba lapidariamente, en tono de Malraux, con las palabras del Evangelio, "el que pierda su alma la salvará".

Y, efectivamente, ya antes la había perdido. Fue cuando hizo un breve aprendizaje de la política criolla según el confuso espíritu de aquellos tiempos posteriores a 1931. Adquirió, entonces, una cierta tos convulsiva revolucionaria que lo condujo a servir fugazmente la Sub-Secretaría de Educación, en 1932, cuando sólo tenía 23 años. Pero salvó su alma: semejante experiencia lo curó para siempre de recaer en tales "enfermedades infantiles".

Lo cierto es que tenía fe en las posibilidades de la educación sistemática como método para reconstruir la vida de nuestros países. Ahora bien, el testimonio de la fe auténtica es siempre un llamado a la acción: el espíritu de cruzada.

Fue así como acometió su tarea con una verdadera intención de cruzado. ¡Cuán poderosa su lucha contra malsines, endriagos y gigantes! ¡Breve de estatura como un pequeño David, pero temible como hondero dialéctico, inició su singular enfrentamiento con el viscoso Goliath de la inercia latinoamericana, contra los filisteos de la cultura, contra los “moluscos”, como Dickens gustaba de llamar a los burócratas —aquel famoso “Ministerio de Circunlocuciones”, la roca principal a que se adhieren—, contra los mismos en los diversos gremios del magisterio, en los partidos políticos, etc.

Luchador quíntuple, su esfuerzo se concentró en la apertura de una serie de frentes de combate, de los que indicaremos sólo los cinco principales. Primero, el de la Comisión de Renovación Gradual de la Enseñanza Secundaria, el vigoroso movimiento que presidiera Irma Salas. En seguida, el de la Superintendencia de Educación Pública, a cargo del insigne maestro don Enrique Marshall. Más tarde, al frente internacional de UNESCO. En cuarto lugar, el de “un planeamiento integral de la educación chilena” que propiciaron entonces las altas esferas del gobierno. Y, por último —aquí fue donde vino a sorprenderlo la muerte—, la Oficina de Planeamiento de la Universidad de Chile.

Cuando hoy revisamos, con mejor información y más amplia perspectiva, ese horizonte cultural que se abre en 1945 y se clausura en 1971 —el espacio de un buen cuarto de siglo— sobre cuya línea fluctuante se van a ir abriendo los grandes frentes de batalla de Oscar Vera, los cinco temas de su lucha quíntuple, que en el fondo no son sino una sola e idéntica lucha por la educación y la cultura en Latinoamérica, uno no puede menos que repetirse admirativamente: ¡qué tremendo combate, qué inmensa actividad la desplegada, qué magnífico ejemplo de una vida sin tregua! Y de inmediato se recuerda también aquello de Kierkegaard: “El que se entusiasma sin proseguir es un diletante. El que prosigue sin renovar su entusiasmo, un filisteo. Sólo quien prosigue renovando su entusiasmo a través de la repetición es un hombre”⁴.

“Sólo quien prosigue renovando su entusiasmo a través de la repetición es un hombre”: la frase continúa reiterándose en nosotros . . . Y es que eso ha sido precisamente Oscar Vera Lamperein a través de sus cinco frentes de combate: ¡Nada menos

⁴D'Ors, *Glosario Completo*, p. 1043.

que todo un hombre! Nada menos que un gran educador chileno y latinoamericano!

III. Aun cuando de modo sumario, examinemos su acción en cada uno de sus grandes frentes de lucha:

1.— Primero, en el Movimiento de Renovación Gradual de la Educación Secundaria, que dirigiera Irma Salas. Su colaboración fue allí determinante.

Desde hacía años dicha enseñanza se hallaba adormecida en una somnolencia burocrática: los sondeos practicados en torno a una posible colaboración del magisterio arrojaban conclusiones pesimistas, vaticinios sin esperanzas. ¿Y cuál era, en el fondo, la excusa para negarse a toda innovación? Siempre la misma “clásica respuesta de los perezosos y de los cobardes”, esa que exasperaba a Eugenio D’Ors: “no hay ambiente”. Para romper el duro círculo vicioso se necesitaba de alguien que, parodiando a Luis XIV, se atreviese a declarar con audacia: “el ambiente soy yo”. O, mejor tal vez, para esta definida circunstancia, “el ambiente somos nosotros”, los que tenemos el firme designio de innovar⁵.

Aún recuerdo con emoción los debates producidos en aquellos estupendos laboratorios de ideas y auténtico entusiasmo que fueron los seminarios de 1946 y 1947, verificados el uno en Valparaíso y el otro en Concepción. El mismo Oscar Vera lo reconocía en un discurso de clausura: “Debo confesaros públicamente que en la Comisión no esperábamos un éxito tan grande”. Y agregaba: “Hemos descubierto, no sin sorpresa para muchos, que la rutina diaria, el medio hostil e indiferente no habían amenguado en nosotros el vigor juvenil y que bajo una ceniza de desaliento y frío escepticismo, dormitaba una brasa capaz de encenderse en llama fervorosa por el milagro de la mutua presencia”. Y así había sido, en efecto: contra todas las previsiones negativistas se había producido el milagro de *crear un ambiente*.

En seguida, aludiendo a temores que siempre surgen ante el cambio —sobre todo en las técnicas— y con el designio de regular posibles excesos en la conducta de los profesores renovados, reiteraba una norma de Hawkes: “Podemos tener todas las técnicas, pruebas y medidas del mundo, pero, a no ser que sean utilizadas por hombres prudentes, no estoy seguro de que el bien que aporten supere al daño que puedan provocar. En todo caso, preferiría tener al hombre prudente sin las técnicas, a tener las técnicas

⁵Id. p. 984.

sin el hombre prudente. La prudencia, el buen sentido, la simpatía, la comprensión corroborados por la técnica, es la combinación por la cual estamos trabajando. Me gustaría formular esta plegaria: *Enséñanos, Señor, a mantener los valores de lo viejo con los métodos de lo nuevo*".

Este es el espíritu con que entonces trabajaba Oscar Vera. No es posible definir con mayor nitidez su posición renovadora pero, al mismo tiempo, adversa a toda violenta y arbitraria ruptura con el pasado.

2.— Con este mismo espíritu colaboró más tarde en la recién fundada Superintendencia de Educación Pública.

La Superintendencia es una de las creaciones institucionales de mayor importancia durante la segunda presidencia de don Carlos Ibáñez del Campo. Sus propósitos: coordinar, tecnificar, y, sobre todo, *despolitizar* el dominio de la educación. Era un notable frente de lucha no sólo para una reforma de la enseñanza secundaria sino de toda la educación nacional. Oscar Vera, designado Jefe de la Oficina Técnica, fue cerebro y corazón del organismo que dirigía don Enrique Marshall.

En el volumen titulado "Dos Informes sobre Educación"—una de las publicaciones más importantes de la Superintendencia— se analizan gran parte de los trabajos realizados. El Primer Informe, que redactamos nosotros, se refiere al sentido y problemas de la educación secundaria. El segundo, justamente el que elaboró Oscar Vera, es un informe trascendental donde se proponen nuevas bases para una moderna reconstrucción de la enseñanza chilena. Se trataba de romper con las estructuras dualistas, tradición heredada de Europa —una enseñanza primaria encerrada en sí misma; *educación para pobres* y, otra, secundaria o de "humanidades", concebida para las gentes acomodadas. No eran, en el fondo, sino el reflejo de una estratificación social perniciosa, que desde sus orígenes condenó la república, pero que se mantenía obstinadamente en las costumbres.

Ahora bien, rompiendo con una dura costra de prejuicios e intereses, Oscar Vera se atrevió a proponer una escala única de doce años de estudios —dividida en tres ciclos—, de modo que el alumno que colocaba su pie en el primer peldaño tuviese la oportunidad de continuar hasta el último, sin inútiles reduplicaciones ni onerosas pérdidas de tiempo. Era una innovación en cierto modo revolucionaria pero que se ajustaba a lo mejor del espíritu democrático. Muchos clamaron, entonces, que ello equivalía a la

muerte de las “verdaderas humanidades”. En cambio nosotros creíamos —y Oscar Vera entre ellos— que se trataba más bien de introducir el nuevo espíritu humanista no sólo en la enseñanza primaria sino aun en la técnico-profesional.

Después de largos y apasionados debates el Segundo Informe fue aprobado en el seno del Consejo Nacional de Educación. Este Segundo Informe —conviene destacarlo— inaugura una época en la modernización de las estructuras educacionales de Chile. Cuanto después se ha hecho lo ha tomado como punto de partida: lo que aún se quiera hacer hacia el futuro tendrá que regresar a una meditación de sus premisas iniciales.

3.— Hacia 1955 Oscar Vera se alejó voluntariamente de sus funciones en la Superintendencia de Educación Pública. La incoherencia política y administrativa, ajena a los cambios gubernativos que se avecinaban, no era propicia a sus labores técnicas.

Afortunadamente, ahí se encontraba el ancho y poderoso horizonte espiritual de UNESCO, donde podía utilizarse su capacidad de trabajo al servicio de la ciencia, la educación y la cultura. Según es conocido, UNESCO no persigue el desarrollo de tales valores como *fin*es en sí mismos sino como *medios* para cambiar al hombre: su ánimo es producir una revolución en los espíritus. “Después de todo, ¿no es en el espíritu de los hombres donde comienzan las guerras?”, se interrogaba patéticamente el Ministro Clement Attlee en sesiones preparatorias a su fundación. A lo que el norteamericano Mac Leisch agregaba como su lógica consecuencia: “Por lo tanto, es en el espíritu de los hombres donde deben erigirse los baluartes de la paz”. UNESCO, que tanto se parece a una orden monástica, confiesa, pues, una vocación fundamentalmente humanista —socrática y pestalozziana— y, cuando en rigor se ajusta a sus verdaderos fines, puede decirse que ella representa, en cierto modo, la iniciativa intelectual y la conciencia ética del mundo.

Esta “Internacional de las buenas voluntades” proporcionó a Oscar Vera el ambiente que no pudieron suministrarle los respectivos organismos nacionales. Coordinador, primero, del Proyecto Principal de Educación para América Latina, con residencia en La Habana, fue designado más tarde Jefe de la División Latinoamericana del Departamento de Educación, con residencia en París.

Es destino inevitable de todas las grandes organizaciones —nacionales o internacionales— que ellas tiendan finalmente a

decaer en formalismo, automatismo y burocracia. Pero Oscar Vera fue siempre el animador, el inquieto tábano socrático, que despertó a las nobles creaturas institucionales para mantenerse en una permanente vigilia creadora. Yo carezco de información adecuada para hacer un recuento de su labor en UNESCO. Sospecho que ella se encuentra impersonalizada, sin registro de propiedad intelectual, dispersa en una pluralidad de informes, proyectos, artículos, discursos.

Pero, en todo caso, permitidme expresar mi testimonio de cómo lo vi, por ejemplo, actuar en la Conferencia de Ministros de Educación, en Lima, en 1956, en seguida, en el notable Seminario de Huampaní, a orillas del Rimac, más tarde en la Conferencia sobre Educación y Desarrollo Económico, en Santiago de Chile.

Sorprendía de inmediato su laboriosidad y competencia. Era, sin duda, un funcionario internacional de lujo. Merecía el respeto y afecto de todas las delegaciones, aun de las más recalcitrantes. Poseía una ciencia admirable para provocar el intercambio de ideas entre las más disímiles mentalidades. Y, cuando después de tantos análisis difusos, de tanta posición sofisticada —a veces simples divagaciones retóricas—, llegaba el difícil momento de conciliar las tesis opuestas, de elaborar las síntesis finales, ahí estaba la participación insustituible de Oscar Vera, su espíritu de sutileza y geometría, su arte de ponderar las palabras, de definir las ideas, en suma, todo eso que hace posible, en ciertos casos, *salvar* una reunión internacional —a veces perdida— y llegar a un sistema coherente de conclusiones.

Yo dije alguna vez en la Superintendencia, a mi regreso de Lima, que los señores miembros del Consejo Nacional de Educación no tenían una representación adecuada de lo que se había perdido con la ausencia de Oscar Vera. Pienso que aun hoy día algunos círculos del magisterio no tienen tampoco una idea muy clara de todo lo que se ha malogrado y perdido con su prematuro desaparecimiento.

4.— Un nuevo gran frente de lucha vino en solicitar su concurso técnico hacia 1964: el que se designara como “planeamiento integral de la educación chilena”. El gobierno designó una Comisión con ese mismo nombre: Oscar Vera fue su coordinador.

El carácter excesivamente técnico de alguna de sus formulaciones suele desorientar a veces respecto al sentido simple y ele-

mental de los problemas a que se refiere dicho planeamiento. En el fondo, de lo que se trata es de ponderar el estilo de nuestra conducta —individual o colectiva— según el grado en que la dominan la inteligencia, el hábito, el instinto, o simplemente la actividad caprichosa —explosiva y discontinua—.

Muchos países latinoamericanos, y también muchas de sus instituciones, son un buen ejemplo de dos estilos de conducta política igualmente inadecuados ante los desafíos que se deben enfrentar en un mundo que crece y que cambia. Un filósofo español los ha llamado con expresión lapidaria: la conducta de los “paralíticos” y la de los “epilépticos”⁶. En efecto, los primeros se paralizan en el culto de una tradición inmutable, y los segundos se convulsionan en súbitas epilepsias revolucionarias. En ninguno el auténtico progreso, vale decir, el cambio hacia un nuevo orden valioso, se verifica según un método verdaderamente racional. Nosotros, por ejemplo, no queremos la instalación de una Universidad epiléptica: lo que anhelamos es un organismo sano, que camine normalmente con su propio tranco institucional hacia un nuevo orden universitario valioso —pensado, calculado, planeado—. De modo que, tanto para los individuos como para las colectividades, la opción parece ser inevitable entre vivir desde el punto de vista de la inteligencia, en un orden *planeado*, vale decir, *pensado*, o abandonarse a la deriva, en una conducta sin plan, con su diversa carga de irracionalidad y capricho. Planear o no planear —*pensar* o no *pensar*— he ahí el problema, en el fondo extraordinariamente elemental y simple.

Sin embargo, las resistencias al cambio suelen ser inexpugnables. Oscar Vera decía en el foro convocado al efecto por la Comisión de la H. Cámara de Diputados: “Es perfectamente comprensible y propio de la naturaleza humana que las ideas nuevas encuentren resistencia, que la expectativa y la posibilidad de un cambio cuyas características detalladas no es fácil visualizar despierten aprensiones y susciten temores entre aquellos que tienen sus intereses vinculados a lo que debe modificarse: tratándose de la educación en todos los sectores públicos”. Por eso, hay que educar al público para que comprenda el significado del planeamiento como método del cambio en una nación democrática. Y

⁶Ortega y Gasset (J.), *La Rebelión de las Masas* (Revista de Occidente) 33 edición), p. 43.

recordaba las palabras de Margaret Mead: "El mundo en que nacimos no es el mundo en que estamos viviendo, ni será aquel en el cual dejaremos de vivir".

Los trabajos de Oscar Vera en este frente de combate han quedado recogidos en dos magníficas publicaciones de la Comisión de Planeamiento Integral de la Educación Chilena, editadas en 1964.

Pero, de nuevo, la discontinuidad de nuestra vida administrativa detuvo y obstaculizó los propósitos renovadores de Oscar Vera. El cambio de gobierno que se avecinaba colocó otra vez al país en un rumoroso y cándido primer día de la creación política y pedagógica. Decepcionado, regresó a hacerse cargo de su interrumpida labor en UNESCO.

En todo caso, nosotros repetimos admonitivamente: Cualquiera tentativa responsable de planificar la educación en Chile tendrá que reanudar, de un modo u otro, un examen de las bases analizadas ya por Oscar Vera.

5.— Hemos llegado así al último frente de su lucha: la Oficina de Planeamiento de la Universidad de Chile.

No nos extenderemos al respecto. El notable y completísimo informe "Bases para un plan de desarrollo de la Universidad de Chile" es documento suficientemente ilustrativo sobre los puntos de vista de Oscar Vera y sus colaboradores. A pesar de las críticas que entonces se le hicieran —algunas displicentes, otras frívolas, muchas, también, tendenciosas— dicho informe tendrá vigencia aún por muchos años. Quiéranlo o no, los actuales y futuros administradores de la Universidad de Chile tendrán que introducirse en su provechosa lectura.

IV.—Al revisar hoy día la obra pedagógica de Oscar Vera en cada uno de los cinco frentes que resumen el panorama de su lucha vital, me he sorprendido siempre concluyendo con una misma idea reiterativa: *Los que vengan de nuevo a construir tendrán que regresar a documentarse en este punto de partida.*

Me ha acontecido a veces —y no sólo a mí— que al revisar aspectos de su trayectoria, uno no pueda menos que exclamar con ingenua nostalgia: ¡Qué falta tan considerable nos hace Oscar Vera! ¡Cómo le echamos de menos en la enseñanza secun-

daria, en la Universidad, en la Superintendencia, en suma, dondequiera se precise de un pensamiento lúcido y una acción eficaz!

Y es así como su lamentable ausencia tiende a convertirse en una obstinada presencia. “Hay muertos que tienen la vida dura” se ha dicho. Yo agregaría que algunos conservan la llave del futuro.

En efecto, desde 1971, el año de su muerte —o tal vez antes— la situación pedagógica en Chile, en pleno vértigo, construía según el estilo de la Torre de Babel. En más de una ocasión, atribulados ante el panorama caótico, nos atrevimos a definirlo con la fuerte expresión de un planfletista galo: “Un conjunto de acéfalos cabalgando sobre decapitados”.

La ausencia de un pensamiento lúcido, como acontece siempre en tales casos, tendía a reemplazarse por la insistencia de un lenguaje de giros abstrusos, a base de vocablos modernos, pero con un fondo de ideas confusas. Fue así como de pronto tuve la sensación de que algunos comenzaban a “hablar en lenguas” educativas extrañas —tal vez una cierta “glosolalia pedagógica”—. Y de este modo el diálogo, que es la esencia de la educación y la cultura, tendió a formalizarse y automatizarse en una serie de estereotipos verbales. Yo he propuesto a menudo en mis clases designar como “papiamento pedagógico” a esa terminología reciente, que se introduce en nuestras casas de educación, a base de anglicismos, galicismos, germanismos, etc., según el uso de esa lengua mezclada que, como todos saben, se practica en las Antillas Holandesas. En semejante circunstancia, ¡cómo no sentir la ausencia de Oscar Vera, con su estilo castigado, su arte de ponderar las palabras y definir las ideas según la mejor tradición pedagógica chilena!

Es así como el hecho de su ausencia destaca, sin embargo, con más fuerza su presencia en los diversos sectores vacíos de la educación y la cultura.

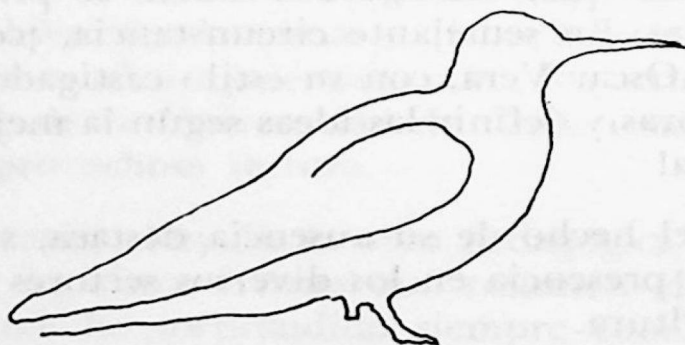
Por eso, al revisar ahora cada uno de sus frentes de lucha, yo me repetía melancólicamente las palabras de Eugenio D’Ors en torno a la ausencia de un gran reformador latinoamericano: “Ah, es que en cada uno de estos vacíos ha quedado inconfundible el sello de una parte de su figura y en el conjunto de ellos la figura entera, al modo de aquellos troqueles donde, en las

funciones, se enfriaba el metal hirviente de las estatuas. *Que la huella de un hombre en un país puede medirse de dos maneras: o por el bulto de lo que aquél ha dejado, o por el bulto de lo que sin él se ha perdido*".⁷

El bulto de lo que Oscar Vera nos dejara como herencia he tratado de compendiarlo hoy día en rápido inventario. Pero, lo que sin él se ha malogrado y perdido constituye, en verdad, una magnitud inapreciable.

En todo caso, que su recuerdo haya servido para precavernos de este "delirio de los comienzos absolutos", de nuestra persistente discontinuidad cultural, de nuestra educación *siempre re-comenzada* (Y sólo rara vez continuada).

Ojalá se halle próximo el día en que alguno de sus jóvenes discípulos reivindique el legado vacante, y acogándose a la virtud de su recuerdo querido, tenga la humildad, y al mismo tiempo la suprema originalidad, de adoptar como suyo el voto del filósofo: Yo no vengo propiamente a "inventar nada": yo vengo simplemente a "continuar".



⁷D'Ors, *Glosario Completo*, p. 1054.